

## Valor y dualidad

*Jean-François Bordron*  
Universidad de Paris III

*Traducción de Georgina Gamboa*

*Tout se resume en l'esthétique et  
l'économie politique*

Mallarmé

El tema del valor es compartido por múltiples regiones del conocimiento que designan disciplinas, tales como la economía política, la lingüística (desde F. de Saussure), la estética, la ética; precisamente, como lo señalan J. Fontanille y C. Zilberberg,<sup>1</sup> casi no existe actividad que no genere su propio campo de valor, de tal suerte que este término solamente se emplea hasta el límite que le quiera dar el uso. No buscaremos ubicar nuestras reflexiones con relación a una disciplina privilegiada, aunque, para lo esencial, nos atenderemos a consideraciones de orden semántico. En efecto, buscamos describir la organización formal del concepto de valor para comprender, al mismo tiempo, la diversidad casi ilimitada de sus usos y, paradójicamente, el límite suficientemente estricto de los tipos de sistema a los que parece poder aplicarse. Trataremos, pues, de definir cuáles son los fenómenos que implican el uso de la noción de valor y cómo se lograría desarrollar las diferentes fases necesarias para

---

<sup>1</sup> J. Fontanille y Cl. Zilberberg. *Tension et signification*, Mardaga, Col. Philosophie et Langage, 1998, pp. 29-44.

la constitución de los múltiples sentidos que puede adquirir este concepto.

Ferdinand de Saussure señaló insistentemente el origen del problema del valor y las razones que harían que esta noción sea crucial en ciertas ciencias. El tercer capítulo del *Curso de lingüística general*, intitulado “La lingüística estática y la lingüística evolutiva”, se explaya en la presentación de lo que Saussure llama la “Dualidad interna de todas las ciencias que operan con valores”.<sup>2</sup> Observemos en detalle lo que parece implicar la reflexión saussuriana.

La primera observación de Saussure se refiere a las dificultades generadas por el “factor tiempo”, cuya influencia se resume precisamente en la introducción de una dualidad. Saussure anota primero que ciertas ciencias, aunque se ocupen del tiempo, no sufren de esta dualidad. Así, la geología que razona constantemente sobre sucesiones, no se avoca a estudios que están totalmente claros cuando un asunto tiene estadios fijos. Al contrario, para Saussure, la economía política y la historia económica constituyen dos disciplinas netamente separadas en el seno de una misma ciencia. Entonces, hay dualidad cuando, en el seno de una ciencia, se vuelve imposible tratar de la misma manera el orden de las sucesiones históricas y el orden semántico o sincrónico. Más exactamente, pues la historia también puede seguir reglas, la dualidad se presenta cuando la misma entidad no parece seguir los mismos tipos de reglas en el orden de la evolución temporal y en el de alguna de sus organizaciones sincrónicas, cualesquiera que éstas sean. Los ejemplos dados por Saussure pertenecen a diversas disciplinas, pero inicialmente nos atenderemos a un ejemplo lingüístico. El latín *crispus* (ondulado, rizado) dio en francés el radical *crép* como para los verbos *crépir* (revocar) y *decrépir* (quitar el revocado). Por otro lado, en cierto momento, se tomó prestada del latín la palabra

<sup>2</sup> F. de Saussure. *Curso de lingüística general*, tr. Amado Alonso, Losada, Buenos Aires, 1978, p. 146.

*decrepitus* (usado para lo viejo) y del cual se formó *décrépit* (decrépito). Aunque estas dos palabras no tengan ninguna relación histórica una con otra, se habla frecuentemente de la fachada *décrépite* de una casa. Para Saussure la importancia de los ejemplos de este tipo radica en mostrar que, desde el punto de vista de las reglas, entre el uso sincrónico y la evolución histórica no hay estrictamente ninguna relación.\* No se puede deducir el uso de la palabra *décrépite* sincrónicamente con reglas que precedieron la evolución del radical latino *crisp* al radical francés *crep*...: “Por consiguiente, un hecho diacrónico es un suceso que tiene su razón de ser en sí mismo; las consecuencias sincrónicas particulares que se puedan derivar le son completamente ajenas.”<sup>3</sup> Todavía más radicalmente: “La oposición entre los dos puntos de vista —sincrónico y diacrónico— es absoluta y no tolera componendas.”<sup>4</sup> Esta división, recordémoslo, está vinculada a la noción de valor sin que, en principio, sea absolutamente claro en qué consiste este vínculo. Saussure proporciona un ejemplo fuera del campo lingüístico, la relación del trabajo asalariado en la que supone “un sistema de equivalencia entre cosas de órdenes diferentes”.<sup>5</sup> Aquí, la idea es la misma,

\* En la edición del *Curso de lingüística general* del traductor Amado Alonso, éste introduce un ejemplo en español para comprender mejor la idea de F. de Saussure: “Un ejemplo español paralelo: el latín *glat-t-ire* perduró en nuestro idioma por ininterrumpida tradición oral hasta adoptar la forma actual *latir*. En la época de los humanistas se puso en circulación el latinismo *latente*, acomodando ligeramente el participio *latens, latentis*, (acusativo *latentem*) del verbo *latere*, que significa ‘estar escondido’ o ‘estarse escondiendo’; el participio era muy usado por los escritores latinos figuradamente con el sentido de ‘encubierto, secreto, misterioso, solapado, en acecho’, que es el que tomaron nuestros humanistas y el que ha perdurado en la lengua general de los escritores. Pero entre nosotros se ha cumplido un cruce de sentidos equiparable al de *décrépi + décrépit*. La gente asocia *latente* con *latir*, y en los diarios y conferencias se lee y oye ‘un entusiasmo latente’, ‘un amor latente’, con el sentido de ‘ardoroso’, ‘de corazón palpitante’, ‘latiente’ [N. del T.]

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 153.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 151.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 147.

puesto que todavía es posible comprender que la lógica del intercambio, en la que parece residir el significado del salario, sea totalmente diferente de la que describiría el proceso del trabajo. Por ello, todavía no se ve claramente por qué la noción de valor es absolutamente necesaria en tales circunstancias. Para lograrlo, tenemos que introducirnos en una forma un poco más precisa en la articulación interna del valor y, sobre todo, oponerle a aquello que no es.

Saussure declara que todo valor, cualquiera que sea el dominio en el que se desarrolle, valor lingüístico y valor económico, siempre está constituido por dos cosas, cuyo vínculo puede parecer paradójico a primera vista:

- 1) por una cosa *desemajante* susceptible de ser trocada por otra cuyo valor está por determinar;
- 2) por cosas similares que se pueden comparar con aquella cuyo valor está por ver.<sup>6</sup>

Así, dice, para determinar lo que vale una moneda de cinco francos, hay que saber:

- 1) que se la puede trocar por una cantidad determinada de una cosa diferente, por ejemplo, de pan;
- 2) que se la puede comparar con un valor similar del mismo sistema, por ejemplo, una moneda de un franco, o con una moneda de otro sistema (un dólar, etc.).<sup>7</sup>

De la misma forma, una palabra puede ser *trocada* por cualquier cosa *desemajante* (una idea, un concepto) y *comparada* con cualquier cosa de la misma naturaleza (otras palabras). El valor reside en este doble movimiento de trueque y de comparación. Sin embargo, falta hacer una diferencia importante, al

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 196.

<sup>7</sup> *Loc. cit.*

menos en el contexto semiológico propio a la economía saussuriana: el valor debe distinguirse de la significación.

La diferencia entre estas dos últimas nociones es mucho más delicada de lo que la tradición saussuriana parece haberle concedido; tan es así que, prácticamente, se han convertido en sinónimos.<sup>8</sup> No obstante, Saussure distingue la significación —a la que vincula con el concepto— del valor, el que no es otra cosa que una posición en el sistema lingüístico. Así, por retomar un ejemplo citado a menudo, la palabra francesa *mouton* (oveja de uno a dos años) tiene la misma significación que la palabra inglesa *sheep* (oveja), pero no tiene el mismo valor. En efecto, el *sheep* inglés posee simultáneamente el término *mouton*, aunque éste limite su uso. En este sentido, se puede decir que el *mouton* francés posee una extensión más grande que el *sheep* inglés, pero, en consecuencia, el término inglés ofrece una significación más “precisa” o más “intensiva”.<sup>9</sup> Por lo tanto, la significación está dada por la categoría de *mouton* (Saussure habla de concepto) y el valor, al estar expresado por la composición interna de la categoría, es variable, según la lengua. En otras palabras, aquí la dualidad se nos da para comprender, no entre una sincronía y una diacronía, ni entre un significante y un significado, sino entre una posición, más o menos extensiva, y una categoría. El concepto de valor adquiere, entonces, toda su importancia, pues permite mostrar cómo, en el interior mismo de un plano del significado, aparece una dualidad esencial y obliga a separar dos tipos de reglas básicamente distintas:

<sup>8</sup> Greimas y Courtes prácticamente hacen una equivalencia: “A F. de Saussure le corresponde el mérito de haber introducido el concepto de *valor lingüístico*; al comprobar que el sentido no reside sino en las diferencias aprehendidas entre las palabras, plantea el problema de la significación en términos de valores relativos que mutuamente se determinan.” *Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, t. 1, Gredos, Madrid, 1980, p. 429.

<sup>9</sup> Aquí estamos utilizando la terminología de Hjelmslev. Remitirse a Louis Hjelmslev *Nouveaux essais*, PUF, collection Formes sémiotiques (en particular el capítulo intitolado: “Structure générale des corrélations linguistiques”).

— La regla que organiza las significaciones y que, en el ejemplo del *mouton*, no es otra cosa que la inclusión de clase (el *mouton* es un subconjunto de los animales). Para decirlo de otro modo, en última instancia, no se puede imaginar otra significación para este término que la referencia a algunos *moutons* individuales, que constituirán la extensión. Esta observación no es incompatible con la idea de que pueda existir, por otra parte, un *mouton* prototípico que constituiría la significación que le podamos acordar a esta categoría:

— La regla que organiza el conjunto de suposiciones y que, en este ejemplo, no puede ser otro que un escenario (en el espacio, un escenario culinario<sup>10</sup>). Existen *moutons* antes y después de su encuentro con el cocinero, cada lengua decide si es conveniente celebrar esta aventura a través de una variación lexical.

Entonces, la dualidad, que es la razón misma de la noción de valor, contiene también una gran generalidad. El ejemplo saussuriano ya nos ha hecho percibir varias coincidencias. Las propiedades fundamentales de la dualidad pueden resumirse de la siguiente forma:

- La dualidad supone una *entidad* (en los ejemplos de Saussure la entidad está dada por un significante).

- Es necesario que haya *dos tipos de reglas*, pero es posible imaginar el acoplamiento de dualidades.

- Las reglas deben ser radicalmente *distintas*. Esta restricción implica que se las pueda estudiar en forma separada, incluso en el sentido obligado.

Intentaremos demostrar que el principio de dualidad, así comprendido, no limita su aplicación a solamente algunos casos de semántica lexical, sino que extiende su dominio hasta una gran parte de nuestra experiencia. Ahora consideraremos la noción de valor como un operador muy general cuyo uso no

se limita al lenguaje, sino que puede encontrarse en cualquier dominio de experiencia y, por tanto, semiotizado, es decir, analizable. Demos algunos ejemplos simples que nos conducirán, poco a poco, a percibir la generalidad del problema.

Hagamos referencia a una cualidad sensible, comprendida como una característica elemental de la percepción. Aquí trataremos de un posible inicio, nada más. También estaríamos en condiciones de suponer la característica de una naturaleza, o de una fuerza, todavía más compleja. Lo esencial es que algo se dé para que nos mostremos interesados. Imaginamos en este sentido un mínimo fenoménico, cuyas propiedades vamos a especificar.

Si se acepta este punto de partida, el principio de dualidad se manifiesta inmediatamente en la medida en que una sensación, sin importar su naturaleza, puede leerse según dos tipos de reglas: las reglas biológicas que garantizan la explicación física; y las reglas semióticas, que se encargan de desarrollar sus articulaciones semánticas y sintácticas. Notemos que se trata de una propiedad general, puesto que la relación entre un hecho fisiológico y un hecho semántico es del mismo tipo que el que une y separa, según Saussure, el sostén etimológico de una unidad lingüística y su valor sincrónico. Por nuestra parte, agregaríamos que lo mismo sucede con la relación que existe entre un valor comprendido como el resultado de un proceso de trabajo y un valor que es una evaluación monetaria. En todos los casos tenemos dos planos sobre los cuales una cosa X, que suponemos es idéntica a sí misma, se inscribe según dos tipos de reglas. Por el momento, observemos que la generalidad misma de este enunciado lo distingue de un principio de tipo funcionalista, sobre el que, por cierto, sería factible hacernos pensar. En efecto, no se trata de correlacionar dos propiedades distintas (como ser un cuerpo y ser un espíritu) de las cuales se sostendría que una es una propiedad funcional de la otra, sino, más bien, se trata de demostrar que la misma entidad posee dos regímenes diferentes, en cierta

<sup>10</sup> Aquí seguimos el análisis de P.A. Brandt in *Dynamiques du sens*, en "Poetica et analytica" (suplemento 2), Aarhus University Press, 1994.

forma, independientes.<sup>11</sup> La relación entre dualidad y función es en sí misma un inmenso problema que no podemos más que señalar.

Una de las consecuencias inmediatas de la dualidad es que cada plano sobre el que una entidad es susceptible de ser comprendida tiene, desde el punto de vista del otro plano, la realidad de un abismo. Lo mismo sucede con el origen de la lengua bajo el enfoque de su articulación sincrónica. Igualmente, el cuerpo biológico es para la sensación un abismo y, en forma idéntica, la semántica de la sensación se vuelve un abismo si nos inclinamos hacia los datos biológicos del cuerpo. Esto no significa que sea necesario transformar la dualidad en un dualismo de sustancias inconmensurables.<sup>12</sup> Al contrario, se trata de comprender cómo la misma cosa puede ser comprendida según dos lógicas diferentes, las cuales, al menos en un sentido, se suman más de lo que se restan. Los abismos se hacen para que sean mirados, como lo muestra, por ejemplo, la problemática del cuerpo propio, para la cual se encuentran vinculadas cuestiones semánticas y cuestiones que tratan sobre la fenomenalidad del cuerpo físico.<sup>13</sup>

Regresemos, como lo habíamos propuesto, a un mínimo fenoménico. Por ejemplo, imaginemos una gota de tinta tan pequeña que se reduzca a una simple cualidad, a un mínimo de tamaño intensivo o grado de ser. Según nuestra percepción, corresponde a un punto material, *quasi* ideal. Imaginaríamos esta

<sup>11</sup> En la filosofía del espíritu, el funcionalismo puede ser atribuido a: Putnam, H. *Mind, language and reality*. Philosophical papers, Vol. II, 1975. Desde luego, existen diversas formas de funcionalismo. Se puede consultar sobre este punto a: Jacob, P. *Pourquoi les choses ont-elles un sens?*, Ed. Odile Jacob, 1977.

<sup>12</sup> Generalmente se atribuye este tipo de dualismo estéril a Descartes, mientras que su *Tratado de las pasiones* demuestra hasta qué punto buscaba lo contrario en los enlaces de dependencia entre las sustancias.

<sup>13</sup> Nos remitimos a Merleau-Ponty, *Phénoménologie de la perception*. Gallimard, 1945 [Versión española: *Fenomenología de la percepción*, Planeta-Agostini, Barcelona, 1993].

gota deslizándose en el espacio de tal manera que sus cualidades cubran, poco a poco, una porción de este espacio. Tenderá a formar una mancha, es decir, una entidad de la que se diría que, al menos, posee una forma, una materia y una cualidad; entonces, la mancha sería aproximadamente circular, hecha de tinta, y negra. El paso de nuestro punto ideal a esta mancha comprende muchas operaciones que deberemos describir. Pero, primero, observemos que la percepción visual solamente es un caso particular de una economía mucho más general. Podríamos hacer experimentos comparables con una nota musical, una cualidad gustativa o táctil, un perfume y, más general, con cualquier deslizamiento de un fenómeno que cubra el espacio y el tiempo o, para expresarnos más precisamente, que la percepción entre en relación de determinaciones recíprocas con el espacio y el tiempo.

Para comenzar, demos la idea de un mínimo fenoménico a partir del cual buscaremos generar la estructura más compleja de una imagen o un icono. Cualquiera que sea el tipo de realidad a la cual nos refiramos, estamos obligados a constatar la iconicidad de nuestro mundo. Hay iconicidad de las imágenes en el sentido visual, pero también en el de los sonidos, de los sabores, etc. En lo general, nuestra actividad en sí misma, por ejemplo bajo la forma de trabajo, casi no es concebible sin esta relación con la iconicidad. ¿Qué sería de esta idea simple del trabajo si fuera imposible construirla?, ¿no sería más que virtualmente, el resultado bajo la forma icónica del producto? Solamente obtendríamos un número ilimitado de procesos de transformación, indiscernibles de los procesos que la naturaleza misma engendra por medio de su causalidad, y tan ininteligibles para nuestro cuerpo como lo sería una nube de fotones para nuestro ojo. Por lo tanto, es necesario que los procesos se fijen en un producto como los fotones se fijan en una imagen.<sup>14</sup> Señalemos que el término de icono (o de imagen) se utiliza aquí en un sentido un

<sup>14</sup> Diríamos, en términos kantianos, que el icono es la *forma de la finalidad*.

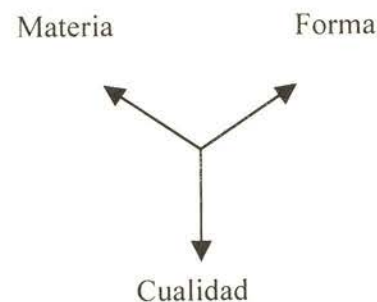
tanto diferente del que propuso Peirce; para Peirce, quien fue el primero en haber desarrollado una teoría verdaderamente sistematizada de los signos, la iconicidad define, con el indicio y el símbolo, una de las tres grandes clases de signos, aunque se los considere desde la perspectiva de las relaciones que mantienen con su objeto. Nosotros buscamos, con un enfoque diferente, explicar cómo lo real puede convertirse en icónico, logrando fijar con esto un problema de constitución. En este último caso, el enigma por resolver, por tanto, es el de la iconicidad de los seres, y no la de un cierto tipo de signo que vendría a relacionarse.

Si ahora regresamos a nuestra experiencia primitiva, consideramos que, a partir de un dato material (hilótico), al que llamaríamos un germen,<sup>15</sup> tenemos que describir un deslizamiento productor de la imagen. Podemos concebir este desplazamiento como una esquematización de nuestro dato primitivo. Siguiendo esta dirección, fácilmente se demostraría que, entre el punto material y la mancha de tinta, no hay más que una categorización comparable, punto por punto, con el esquematismo kantiano.<sup>16</sup> Así, la mancha se define como una dimensión que es, al mismo tiempo, tanto intensiva como extensiva, tomada en un cierto número de relaciones o de dependencias, con sus límites, su causa, el fondo sobre el cual se desmancha y, modalmente, por su existencia. Sin embargo, más bien vamos a observar lo que es necesario suponer para describir el paso entre un germen y una imagen, siguiendo el camino de un análisis. El esquematismo produce la imagen por categorización; el análisis tiene como función desarrollar nociones que, en un primer momento, están fusionadas.

<sup>15</sup> Con este término queremos expresar un dato primitivo cuyo desarrollo vendría a producir lo que llamamos un icono. Aunque en una perspectiva un tanto diferente, Maine de Biran emplea en algunas ocasiones este término para designar una impresión simple, no reflexiva.

<sup>16</sup> Hemos desarrollado este punto de vista en: Bordron, J.F., "Schématisation et signification", *Poetica et analytica*, No. 11, Aarhus University, 1991.

En general, para que algo exista necesariamente, se debe disponer de tres ingredientes fundamentales que formen una materia, una forma y una cualidad. Éstos componen, en su conjunto, una totalidad, cuyas partes, en primer lugar, están fusionadas, en el sentido de que no es posible separarlas más que de una manera analítica. Se dirá que las partes de una totalidad, con estas características, están ligadas entre ellas por una relación triple (y no por tres relaciones dobles). Tal dispositivo se denomina un *concretum*.<sup>17</sup> Lo esencial es notar que esta relación triple concierne solamente, por el uso que hacemos de ella, al vínculo entre las *partes*, y no un vínculo entre propiedades. De manera general, la iconicidad sólo tiene relación con la composición de las partes, y no con las propiedades. Podemos representar esta relación triple y su desarrollo analítico de la manera siguiente:



Cada una de las partes así constituidas se divide a su vez en otras partes, según el mismo procedimiento analítico. Por ejem-

<sup>17</sup> Utilizamos el término empleado por N. Goodman en *Structure of appearance*, cap. 6 y siguientes. Goodman llama más precisamente *concretum* a una entidad que comprende un solo *qualia*, por ejemplo, un color y las partes de tiempo y de lugar correspondientes.

plo, vemos que la forma, comprendida como parte de este *concretum*, es analizable a su vez en tres subpartes que la forma encierra fusionándolas. En efecto, la forma comprende:

- una *extensión* espacial y/o temporal. Podemos pensar en la extensión temporal de una nota musical, en el desarrollo espacio-temporal de una sensación táctil, gustativa, etc.
- un *límite*. Una forma se define por sus límites. Éstos pueden ser de diversas naturalezas. Hay límites dados por el contorno aparente (el dibujo), por el umbral o el contraste, por la fusión progresiva de los bordes, con un fondo o cualquier otro dispositivo.
- una *dirección*... Una forma puede estar abierta o cerrada, dirigida por un impulso, etc.

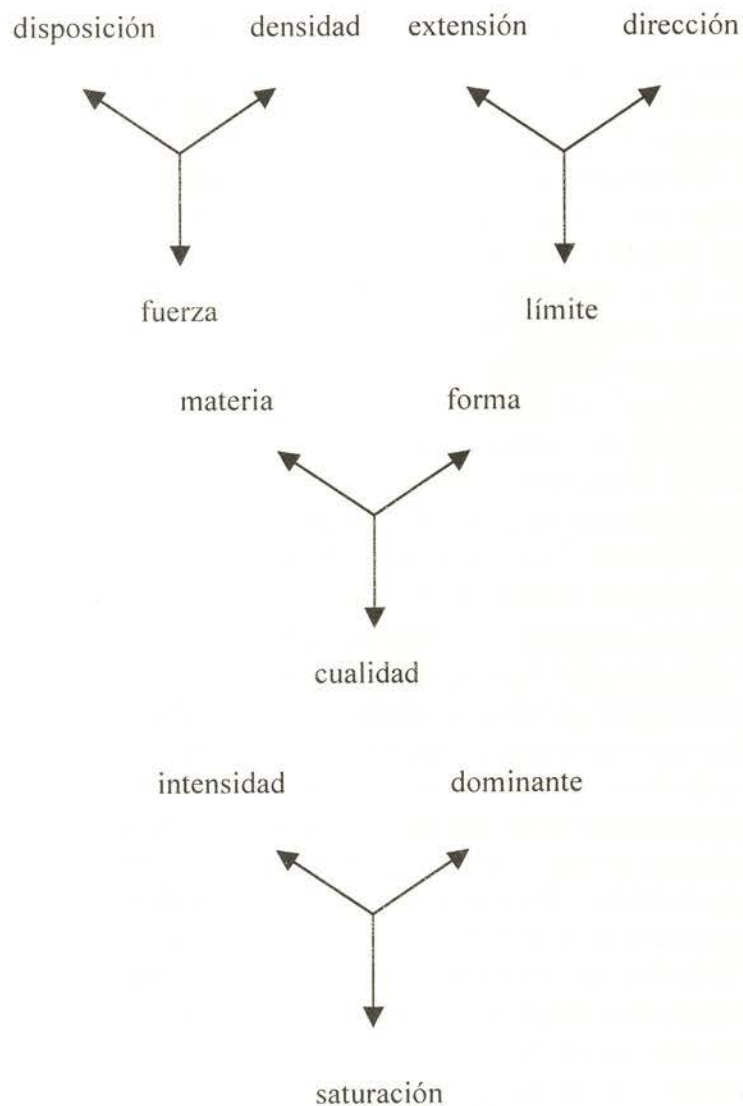
De la misma manera, la materia se da inmediatamente con:

- una *densidad*
- una *disposición*
- una *fuerza*

La cualidad se analiza, en fin, muy clásicamente en:

- una *dominante* (dominante cromática, gustativa, etc.). El estatuto de una dominante depende, por supuesto, de la composición interna del dominio de la cualidad.
- una *saturación*
- una *intensidad*

Resumiremos el proceso de exfoliación de nuestro germen inicial mediante el esquema siguiente:



Este esquema debe leerse del centro hacia la periferia; indica líneas de fuerza, mucho más que términos. La importancia re-

side en la operación de división de una totalidad inicial, que se visualiza mejor gracias al esquema, más que en las propias denominaciones, pues conllevan necesariamente una cierta arbitrariedad.

Si nos reubicamos desde el punto de vista del valor, primero deberemos constatar que hemos producido, por medio del análisis de contenidos fusionados previamente, la forma general de un objeto concreto (o icono).<sup>18</sup> Este objeto es, en un sentido, la misma cosa que la totalidad dominante que hemos supuesto como punto de partida. En otro sentido, es completamente diferente, pues constituye el resultado de un proceso susceptible de ser mucho más complejo de lo que se percibe de su sola forma general. Imaginemos, por ejemplo, el trabajo productor de una entidad técnica. No existe prueba de equivalencia de reglas entre la composición interna de una máquina y los procedimientos implicados en su fabricación, ni siquiera porque los últimos producen los primeros. Lo esencial reside en el hecho de percibir la articulación exacta del valor y de la dualidad, así como las conclusiones que se deben sacar. En este último ejemplo está claro que la dualidad corresponde precisamente a la definición saussuriana y, por tanto, rige el valor. A fin de acentuar aún más esta presencia de la dualidad, deberíamos afirmar que si nos encontramos con la necesidad de expresarnos en términos de valor, entonces deberemos prever un problema de dualidad. Así, el producto de un proceso de trabajo corresponde, en un sentido, a una parte de este proceso; pero la dualidad entre proceso y producto nos obligará a reconocer, al menos, un valor posicional diferente (para la misma entidad) en el interior del proceso y en el interior del producto. Si no tuviéramos que tomar en cuenta

<sup>18</sup> Como ya lo habíamos sugerido, lo que llamamos la *forma general de un objeto concreto* no es el *objeto general* en el sentido de Kant. Este último posee, sobre todo, un valor categorial en el sentido que no es susceptible de ser definido más que por la esquematización del tiempo o del espacio. Aquí intentamos determinar un objeto relevante de una ontología material y no de una ontología formal.

la dualidad, cada parte del producto simplemente sería una parte (por ejemplo, una parte funcional) y nada más.

Sería útil observar hasta qué punto esta presencia de la dualidad puede manifestarse en ciertos usos del término de valor. Así, cuando hablamos de objeto-valor<sup>19</sup> estamos indicando un objeto capaz de ser investido de un cierto valor para el que lo busca; lo mismo diríamos de una moneda que le falta a un coleccionista. Sin embargo, la idea de “inversión” de valor al objeto no hace más que nombrar el problema sin ofrecer ningún socorro para resolverlo. Al contrario, el problema está perfectamente claro si se observa que la cuestión del valor sólo puede surgir poniendo el objeto de valor en conexión con un proceso de búsqueda, con el cual necesariamente entra en una relación de dualidad.

El camino que hemos seguido hasta aquí puede resumirse así:

- Hemos demostrado que, bajo la hipótesis de un dato inicial, es posible engendrar la *forma general de un objeto concreto*.
  - Hemos generalizado esta operación para todo lo que, de una o de otra manera, toma la forma de objeto en un proceso y, especialmente, para la relación producción/producto. La *iconicidad* es el modo de ser del producto.
  - Hemos puesto en evidencia que, bajo estas condiciones generales, el valor atribuible a cada parte que dispone de una posición en el interior de un proceso y, al mismo tiempo, es concebida como parte del icono, estaría sometido a un principio de dualidad, por el cual la noción misma de valor toma su sentido.
- Estos tres puntos pueden resumirse con la ayuda del siguiente esquema:

<sup>19</sup> El término de objeto-valor, cuya paternidad se puede atribuir a Husserl, se utiliza en gramática narrativa para designar un objeto de búsqueda.





Aquí se observa que, constitutivamente, hay una relación de dualidad entre un proceso generador (el trabajo, por ejemplo) y lo que éste produce. El producto no es simplemente una realización del proceso; también es su alteridad más inmediata. Tal es el origen de la cuestión del valor.

Nos encontramos con otra versión de la dualidad, si ahora interrogamos las relaciones entre el icono producido y las propiedades que podemos atribuirle. En el ejemplo de la gota de tinta, o en la descripción general del objeto concreto, hemos descubierto una composición en partes. Sin embargo, una cosa es decir que una gota tiene como parte esta negrura, cuya realidad es individual, y otra es afirmar que la gota de tinta es negra. Entre la negrura individual y la propiedad de ser negra, hay una dualidad que describiremos a continuación.

Para poder decir que alguna cosa es negra, es necesario que, como mínimo, existan tres condiciones:

- En primer lugar, es necesario que la negrura sea una parte distinguible del objeto. Esta primera etapa es la que acabamos de describir cuando establecimos la constitución de la iconicidad. Se puede decir, desde este punto de vista, que la iconicidad es la condición de la predicación, siempre y cuando no se entienda por esto un carácter general que introduciría una ontología particular. Con la misma intención, se podría afirmar, al contrario, que la predicación es necesaria en la iconicidad. Por lo tanto, se trata de seguir un orden de constitución, y no de establecer una condición ontológica. El hecho de que dos órde-

nes coexistan es precisamente lo que explica la dualidad, de la cual nos valdremos.

- También se requiere que sea factible vincular esta negrura a una clase de entidades y que esté constituida por la existencia de esta propiedad (la clase de entidades de las que se dice verdaderamente que son negras). Podemos describir este fenómeno como categorización.

- Finalmente, es necesario que la misma noción de objeto sea construida de una manera o de otra. Nosotros no abordaremos esta cuestión tan vasta, pero debemos señalar que se trata de un problema diferente del de la construcción de un objeto concreto, tal como lo hemos definido más arriba.<sup>20</sup>

En este contexto, el problema del valor vuelve a señalar que la misma negrura es susceptible de comprenderse como parte de la gota de tinta y como propiedad de ser negra. Pero esta última propiedad concierne también a un gran número de entidades diferentes; es una condición de comparación que se encuentra asegurada, en este ejemplo, por la regla de la predicación. De manera inversa, la negrura particular de esta gota es un ejemplo de lo que quiere decir ser negro. Más general, pues nuestro propósito no es el de analizar aquí el problema particular de las propiedades, hay dualidad entre el valor de una parte de un objeto, definido por su posición en el interior de este objeto, y esta misma parte considerada esta vez como ejemplo de una clase. Ahora bien, la clase es precisamente lo que autoriza la posibilidad de intercambio de las entidades (una cosa negra por una cosa negra). De la misma manera en que hemos descrito anteriormente una dualidad entre un valor en un proceso y un valor en el interior de una totalidad icónica, ahora estamos en presencia de una dualidad entre esta última y la clase de la que es un ejemplo:

<sup>20</sup> El objeto puede ser concebido como el objeto general = X de Kant o como el valor de una variable.

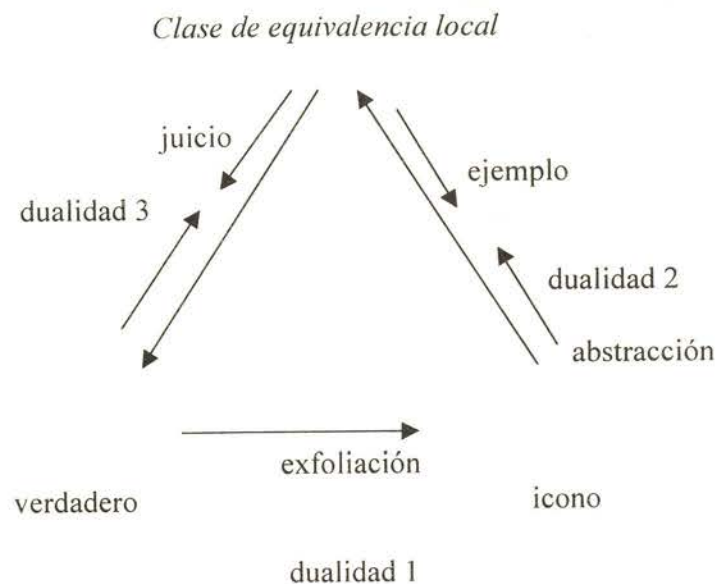
*Clase de equivalencia*

Una vez recorridas estas dos primeras etapas, tenemos a nuestra disposición clases de entidades, de las que es pertinente decir, para cada una de ellas, que pertenecen a esta clase. Es verdadero decir que la gota de tinta es negra; pero, regularmente, toda aseveración de este tipo tiene como característica general designar el hecho de que es verdadero; entonces, aceptamos la idea de que lo verdadero sea la referencia de todo enunciado verdadero. Desde esta perspectiva, se puede considerar que toda aseveración tiene como meta satisfacer la verdad como hecho primitivo o, aún más, como idea.<sup>21</sup>

Desde el punto de vista del valor, que es aquí el nuestro, constatamos que entre un enunciado como “la gota de tinta negra”, del que concebimos solamente el sentido, y la aseveración que reporta que este sentido tiene un valor de verdad (verdadero o falso), existe una profunda diferencia. En el primer caso, con-

<sup>21</sup> El origen de esta concepción se debe a G. Frege: “Pour nous la valeur de vérité d’une proposition est la dénotation d’une proposition dont le sens est une pensée” [Para nosotros, el valor de verdad de una proposición denota una proposición cuyo sentido es una idea.] en *Écrits logiques et philosophiques*, Trad. C. Imbert, Seuil, 1975, p. 125.

sideramos que los conceptos (ser negro, ser una gota de tinta) establecen un orden en los fenómenos (aquí los iconos); en el segundo, este orden final asegura una referencia para todos los enunciados. Obtenemos, así, una dualidad entre reglas locales y un orden global (una ley):



En este esquema se percibe que lo verdadero se sustituye por el dato primitivo, puesto que, de cierta forma, es a partir de la suposición final que el proceso toma su sentido en su conjunto. Pero, sobre todo, quisiéramos insistir en el principio general ilustrado por este esquema y en el esclarecimiento que le proporcionaría a la noción de valor.

El valor, como lo hemos visto, sólo se concibe sobre el fondo de un problema de dualidad. Lo esencial es que una misma entidad sea sometida, en todas y cada una de las diferentes etapas de su recorrido, a un par de reglas de naturaleza diferente. Si este principio es respetado, obtendremos tantos conflictos de

valor como de dualidades. Hemos observado tres de ellos que, primero, reformularemos en términos abstractos; y luego, los ilustraremos por medio de ejemplos de valores económicos.

1. El primer conflicto de valor se sitúa entre los valores inherentes a un proceso y los presentes en el interior del producto de este mismo proceso. El ejemplo del que hemos partido es el mismo por el cual Saussure introdujo la cuestión del valor en el *Curso de lingüística general*. También es el que se expresa mediante la noción paradójica de objeto-valor. Esta designación, como lo hemos visto, nombra el problema, pero no lo resuelve.

2. El segundo conflicto puede expresarse por medio de la tensión existente entre una instancia concreta individual (que hemos denominado un icono) y una clase que ubica este icono en un orden local. Hemos ilustrado este conflicto por la dualidad entre abstracción y ejemplo, y más general, entre parte y propiedad.

3. El tercer conflicto se sitúa entre un orden local en el interior de un dominio y la idea global. Hemos tomado como ejemplo de suposición de un orden global el verdadero, como la última referencia de todos los juicios. En un sentido, se trata de un caso particular, puesto que lo verdadero comparte este privilegio con los otros trascendentales. Desde el punto de vista del valor, en cuanto al orden global solamente se requiere que, de una o de otra manera, tenga un principio de evaluación, incluso arbitrario. Entonces, comprendemos por qué lo que se da primero como el final de un proceso es, igualmente, su dato inicial.

Ilustraremos estos tres conflictos de valor con el ejemplo de los valores económicos. Ya hemos señalado el conflicto entre el valor y su producto. No entendemos por valor del trabajo su valor monetario, en términos de salario, sino su valor expresado en su totalidad por el esfuerzo que exige y por el proceso de su realización. La primera dualidad opone, entonces, el valor de los momentos relativos del proceso con los de las partes del producto concreto.

Estos últimos, como entidades individuales, entran en relación de dualidad con su destino en el orden del intercambio. El producto entra en una jerarquía de clases que lo van volviendo intercambiable. La clase más general está dada por la noción misma de mercancía.

Finalmente, la moneda tomada como mercancía particular asegura, no tanto el intercambio por otras mercancías, sino el hecho de que, en general, cualquier cosa valga. Se podría decir que la tecnología financiera no calcula porque hay valor, sino que garantiza que hay valor, puesto que calcula; asume la idea, o el hecho, de un orden global del valor.

Los procesos, que anteriormente hemos trazado a grandes rasgos, poseen su propia especificidad, cada uno por su parte. Ciertamente, no queremos decir que los dominios que acabamos de recorrer (lingüística, fenomenología, economía) sean de alguna forma semejantes; sin embargo, retomando en este punto a F. de Saussure, hemos intentado demostrar que el uso que hacen de la noción de valor no se resume a una simple homonimia.